

076. Dios a la escucha

Leyendo la vida del Beato Papa Pío IX, el grandioso Papa del Dogma de la Inmaculada Concepción, del Concilio Vaticano Primero y de la Infalibilidad Pontificia, el Papa quizá más perseguido en la Historia de la Iglesia, me encontré con un caso que casi me aterró. Dicen que consta en el proceso de su beatificación, y por él se ve lo que Dios amaba a aquel santo y los altos designios que sobre él tenía.

Era todavía Obispo de una diócesis, cuando viene a visitarle una señora en consulta privada. Muy reservada la visitante, lleva la cara cubierta con un velo, como si fuera una musulmana. El secretario la recibe, y le pasa el encargo al Obispo: - *Monseñor, tiene fuera una señora que desea verle.*

Y el Obispo: - *Bien, pásela al recibidor. Voy antes a hacer una pequeña visita al Señor.*

Se arrodilla el Obispo ante el Sagrario, y allí permanece un buen rato en oración. El secretario pasa a recordarle: - *Monseñor, la señora espera.*

Y el Obispo, nada. Sigue rezando. Así hasta el tercer aviso del secretario, al que responde: - *Yo no acostumbro hablar con los muertos, sino con los vivos.*

El secretario no entiende. Sigue en la capilla el Obispo, y el secretario se va a excusar con la señora. Pero, cuál no es su sorpresa cuando ve a la visitante, que tantas señales daba de impaciencia, muerta en el suelo, desplomada por un ataque de apoplejía. Retirado el velo de la cara, no aparece el rostro de una mujer, sino de un hombre que llevaba en las manos el puñal con que iba a asesinar al Obispo...

La oración había podido más que el arma homicida.

Este caso algo tétrico, pero aleccionador, nos lleva a hablar de la eficacia de la oración. ¿Nos escucha Dios realmente? ¿Vela por nosotros cuando rezamos? ¿Se ocupa de nuestras cosas cuando vamos a “perder” el tiempo hablando con Él?... ¿Vale, entonces, la pena rezar?...

Mil veces damos razones y más razones para estimularnos a la oración. Pero quizá nos fijamos poco en los testimonios silenciosos que nos entran por los ojos y que no sabemos valorar.

Por ejemplo. Entramos en un templo de especial devoción, por una imagen milagrosa, por una tradición del pueblo, por alguna aparición que se cuenta..., y miramos la multitud de exvotos que penden de sus paredes. ¿No sabemos lo que significan? Pues, muy sencillo, son los testigos mudos de quienes aseguran que Dios les escuchó.

Por ejemplo. Todos los hombres creyentes de todos los tiempos y de todas las religiones han rezado. ¿Por qué lo hacen, si nadie les escucha?... Parece una razón algo simple, pero fue la respuesta atinada de una mujer valiente. En una reunión en la que todos presumían de incrédulos, uno dice con despecho:

- *¿Para qué sirve la oración, si ese Dios en quien algunos creen no escucha nunca a nadie?*

Una señora algo tímida allí presente, se reviste de valor ante aquella gente importante, y contesta:

- *Perdone, señor. Si una persona llama día atrás día a la puerta de un amigo, y nunca se le abre, ¿seguiría llamando por muy amigo que el otro fuera? Pregunto: Hace miles de años que la humanidad está llamando a la puerta de Dios. ¿Todos se equivocan y son tan tontos, que siguen llamando sin que nunca se les atienda?...*

Se callaron todos los sabihondos de la tertulia, corridos ante aquella mujer lista y creyente...

Nosotros, que nos gloriamos de ser creyentes de verdad, nos sabemos de memoria tantos dichos del Señor en la Sagrada Biblia. Son incontables.

“Invócame, y yo te escucharé benignamente”, dice por Jeremías (33,3)

“Todo aquel que pide, recibe; y el que busca, halla; y al que llama, se le abrirá”, dice Jesús (Mateo 7,8)

“Todo cuanto pidan en mi nombre, yo lo haré”, nos asegura el Señor antes de morir (Juan 14,14)

San Agustín nos dice casi con buen humor: *“Sé un mendigo de Dios”*. No deja de ser simpático el consejo: a convertirnos en unos pordioseros ante la puerta del ricachón, que se siente más honrado y más feliz cuantos más pobretones le tienden la mano.

Dios es mejor que Alejandro Magno, ¿no es verdad? Pues, es bonito lo que le aconteció al gran conquistador macedonio. Un tipo bastante fresco se le acerca y le pide varios miles de libras de oro. Lo critican duramente los allegados a Alejandro, el cual, enterado de esas críticas, emite su opinión propia:

- ¿Ofenderme por ese descarado que me ha pedido semejante suma? Al contrario, me siento muy honrado, porque me tiene por rico y opulento, y, sobre todo, por generoso y de buen corazón.

Es el caso de Dios. Acudimos a Dios porque es riqueza infinita, bondad infinita, generosidad infinita.

La oración es un tributo que rendimos a Dios, una glorificación de Dios, un darle un gusto nosotros a Dios, gusto mayor que el que Dios nos da a nosotros cuando nos otorga lo que le pedimos.

Dios hace asuntos propios suyos los que nosotros le exponemos. ¿Nos convienen sin más? Nos los otorga a la primera. ¿No nos convienen de momento? Los aplaza, pero los despachará en el tiempo oportuno. ¿No nos convienen de ninguna manera? No por eso nos niega su favor. En vez de lo que le pedimos, nos dará algo mejor y que más nos convenga para nuestra salvación.

Esta es la teología de la oración de petición. Se fundamenta en la riqueza y en la bondad de Dios, por las que Él se inclina a nuestra pobreza, a nuestra humildad, a nuestra confianza. Y Dios se enorgullece entonces de ser uno que promete y que da, porque tiene ¡palabra de todo un Dios!...